

así que no podemos conocer la esencia divina; luego tampoco podemos conocer la existencia.

Respuesta.—Distingo la mayor: la existencia de Dios considerada *en sí misma* es idéntica con su esencia, C.; la existencia divina considerada *con relación á nosotros* es idéntica con su esencia, subdistingo: después que conocemos á Dios como ser necesario, C.; antes, N. Distingo la menor: no podemos conocer *adecuadamente* la esencia divina, C.; *inadecuadamente*, N. Por todo lo que hemos dicho hasta aquí son claras las distinciones que acabamos de dar, y sólo observamos con Santo Tomás que la existencia de un ser debe conocerse antes que la esencia, y que el concepto que formamos de ésta es discursivo y no intuitivo, y siempre inadecuado, como se demostró en la Ontología (Véase á SANTO TOMÁS, I. p. q. 2, aa. 1 y 2).

ARTÍCULO II

Demostación de la existencia de Dios

19. Argumentos con que se demuestra la existencia de Dios.—A tres se reducen los argumentos con que puede demostrarse la existencia de Dios: *al metafísico, físico y moral*. El primero es el que de la existencia de los seres del mundo, mudables y contingentes, se eleva á la existencia de Dios, ser necesario, absoluto y causa primera; el segundo es el que del orden del mundo deduce la existencia de una causa inteligente ordenadora; y el último demuestra la existencia de Dios por el consentimiento universal del género humano.

20. TESIS.—*Demuéstrase la existencia de Dios con los argumentos metafísico, físico y moral.*

21. Argumento metafísico.—Existen seres contingentes; es así que para existir necesitan de un ser necesario, absoluto y causa primera; luego existe el ser necesario, absoluto y causa primera; éste es Dios; luego existe Dios.

Evidente es la ilación de la demostración propuesta; la menor subsumta no lo es menos, porque el ser necesario y absoluto es inmutable, acto puro, perfectísimo é infinito (O. 49, 67, 220); pasemos, pues, á demostrar la mayor y la menor.

Mayor.—Existe el mundo externo, existo yo, mi alma, mi pensamiento, para no dejar efugios á idealistas y escépticos; es así que todos estos seres son contingentes, 1.º, porque no hay repugnancia alguna

de que dejen de existir; 2.º, porque la experiencia interna y externa nos dicen que son mudables y finitos, y el ser mudable y finito es contingente (O. 50, 221).

Menor.—Por lo demostrado en la Ontología, el ser contingente necesita de una causa para existir; esto supuesto, pregunto: la causa de los seres del mundo es necesaria ó contingente: en el primer caso, tenemos lo que queremos; en el segundo, ella á su vez necesitará de otra causa para existir, de la cual volveremos á preguntar si es necesaria ó contingente; es así que una causa contingente no puede ser razón suficiente de la existencia de los seres del mundo, porque siendo contingente debe tener en otra la razón de su existencia; luego los seres del mundo tienen la razón de su existencia en el ser necesario. Este es *absoluto*, porque tiene en sí mismo la razón de su existencia; es *causa*, porque es la razón de la existencia de los demás seres; es *causa primera*, porque es ser necesario y absoluto; luego existe el ser absoluto, necesario, causa primera, esto es, Dios.

Ni vale, para explicar la existencia de los seres del mundo, recurrir á una serie infinita, como lo hacen los ateos. 1.º Porque esta serie repugna por ser infinita; 2.º, porque no explica la existencia de los seres, puesto caso que para que exista un término cualquiera de la serie, v. gr., el término A, deben haber pasado términos infinitos, lo cual repugna; luego la existencia de A y de otro cualquier término de la serie carece de razón suficiente; 3.º, porque, aun admitiendo la existencia de la serie infinita, la dificultad, lejos de resolverse, aumenta, porque todos los seres que forman la serie son contingentes; luego la serie también lo es, y como es infinita, la necesidad que tiene de una causa para existir aumenta en la misma proporción en que aumenta la serie; y es así que un efecto infinito, dado que pudiese existir, debiera proceder de una causa infinita; luego si existe la serie infinita, debe existir una causa necesaria é infinita que la haya producido.

22. Argumento físico.—El mundo es un ser ordenado, luego procede de una inteligencia ordenadora; ésta es Dios; luego existe Dios.

Antecedente.—Los seres del universo están sujetos á leyes constantes y uniformes: 1.º, porque así lo demuestran los cuerpos celestes, cuyas leyes matemáticas estudia la Astronomía; 2.º, entre los seres terrestres, las leyes á que están sometidos los seres de los tres reinos, mineral, vegetal y animal, forman el objeto de las ciencias naturales; 3.º, sobre todos estos seres está el hombre, dotado en su cuerpo de una organización más admirable que la de las plantas y de los animales, y su alma se eleva sobre todo lo que es materia, percibe las verdades universales y absolutas, descubre las relaciones de los seres, etc.; 4.º, los

seres todos del universo están unidos entre sí por las relaciones de fines y medios, causas y efectos, hasta formar ese todo armónico que llamamos universo; luego el mundo es un ser ordenado.

Consecuencia. — La única causa proporcionada del orden es la inteligencia: 1.º, así lo demuestra el sentido común, que sólo á la inteligencia atribuye las obras ordenadas, de modo que por las obras de arte, de ciencias, de máquinas, etc., graduamos la inteligencia de sus autores; 2.º, porque sólo la inteligencia es capaz de descubrir el orden del universo; luego *a fortiori* debe ser una causa inteligente el que lo concibió, lo ejecutó y lo conserva; 3.º, porque no hay orden sin la debida proporción de medios á fines, y sólo el ser inteligente conoce esa proporción; luego la causa del orden del mundo debe ser una inteligencia ordenadora.

Menor subsumta. — 1.º La inteligencia ordenadora del mundo debe existir fuera de los seres que forman el universo, porque de otra suerte sería ser ordenado y no causa ordenadora; los seres que forman el universo son contingentes, luego la causa ordenadora es el ser necesario; éste es Dios; luego Dios es la causa ordenadora del mundo.

Menor subsumta. — 2.º La causa ordenadora del mundo debe abarcar las relaciones existentes entre todos los seres de la creación; debe haber previsto el concurso de todas las causas y sucesos que debían mediar entre aquéllos, para que el orden pudiera ser constante; es así que esas relaciones, causas, efectos, combinaciones, etc., no tienen fin; luego sólo una inteligencia infinita pudo abarcarlos; la inteligencia infinita es Dios; luego Dios es la causa ordenadora del mundo.

23. Argumento moral. — Es constante y universal el consentimiento de todos los pueblos en admitir la existencia de Dios: 1.º, porque ni los mismos ateos lo niegan, puesto caso que tratan de explicarlo del modo que luego veremos; 2.º, porque la fábula de un pueblo ateo, inventada por Bayle y otros sofistas, es desmentida por la historia, la cual asegura que no se ha hallado pueblo alguno sin religión, sacrificios, preces y otros ritos que suponen la creencia en Dios. Es así que este hecho no puede explicarse sino por la evidencia con que la verdad de la existencia de Dios se manifiesta á todos los hombres; luego Dios existe.

Menor. — Si no proviene de la evidencia de la verdad, debe proceder de prejuicios, no hay medio; es así que la universalidad del consentimiento en la existencia de Dios no proviene de los prejuicios señalados por los ateos, cuales son, la educación, los sacerdotes, los legisladores, el miedo á los fenómenos de la naturaleza y la ignorancia; luego procede de la evidencia de la verdad.

Demostremos la proposición menor, 1.º en general, y 2.º en particular.

Menor. — Un efecto universal y constante necesita una causa constante y universal; es así que las preocupaciones señaladas por los ateos son causas accidentales y particulares; luego sólo hubiesen podido influir en algunos individuos, no en todo el linaje humano, en un lugar reducido, no en todas las naciones, en una época determinada, no en todos los tiempos.

Confirmemos la prueba anterior. Toda preocupación reconoce un principio, un origen; luego atribuir á preocupaciones de los pueblos la creencia en Dios, supone que en el mundo hubo un tiempo en el cual esta verdad no fué conocida; es así, 1.º, que un hecho no se supone sino que se prueba; luego incumbe á los ateos probar el hecho que suponen; 2.º, la historia no sólo atestigua la universalidad de la creencia en Dios, sino que demuestra que la idea de Dios es más clara á medida que nos acercamos á la cuna del linaje humano, como quiera que el politeísmo que la oscureció, empezó bastante después del diluvio; luego el consentimiento de los pueblos en admitir la existencia de Dios no se explica por preocupaciones.

I. *El consentimiento universal en la creencia en Dios no se explica por la educación.* 1.º Porque supone la idea de Dios en el que educa; de éste preguntariamos cómo la adquirió, si por la educación ó de otro modo, y así subiríamos hasta el primer hombre, de quien preguntariamos: ¿cómo se forjó esta preocupación? 2.º Porque esta preocupación hubiese desaparecido primero entre los sabios y luego entre los demás hombres por la fuerza de las pasiones, que sólo se legitiman negando á Dios.

II. *Los sacerdotes tampoco produjeron este consentimiento.* Porque los sacerdotes suponen la religión en el pueblo, la cual supone en éste el conocimiento y adoración de Dios.

III. *Tampoco se explica por la ambición y tiranía de los legisladores.* 1.º Porque ante toda legislación tradicional ó escrita hallamos que los pueblos creían y adoraban á Dios. 2.º Porque el legislador debía tratar de imponerse como representante de Dios, cosa imposible, si no se admite que los pueblos creían de antemano en Él. Además, como observa Balmes, «¿quién inspiró esta idea á los legisladores?... Una doctrina que impone deberes y enfrena las pasiones ¿cómo la pudieron hacer aceptable? ¿cómo es que lograron engañar no sólo á los ignorantes, sino también á los sabios?»

IV. *Menos puede explicar este hecho el temor.* 1.º Porque el temor supone el conocimiento de la existencia del ser á quien se teme. 2.º Porque este temor á lo más hubiese podido influir en los niños, mujeres y

gente ignorante, y con todo los más grandes naturalistas de todas las edades, incluso la nuestra, son teístas.

V. *La ignorancia no puede ser la causa de este consentimiento.* Porque en tal caso los sabios debieran haber sido los más tenaces impugnadores de la existencia de Dios; y no obstante, la historia nos dice que Tales, Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca y demás sabios del gentilismo, escribieron páginas brillantes sobre Dios. El mismo Epicuro no se atrevió á demostrar que Dios no existe, sino que se contentó con decir: voy á formar un sistema cósmico con tales hipótesis como si Dios no existiera.

Ni vale objetar que en la antigüedad hubo errores universales, como el del movimiento del sol. 1.º Porque este error ni aun en la antigüedad fué universal, pues al menos los pitagóricos sostuvieron que el sol es el centro de nuestro sistema. 2.º Porque aun admitida la universalidad de esta creencia, hay que recordar que el movimiento del sol ó de la tierra no es objeto de consentimiento universal (*Crítica*, 109); de consiguiente, éste no es error, sino ignorancia. 3.º Porque el error sobre el movimiento del sol proviene de la ilusión de los sentidos, que con frecuencia confunden el movimiento absoluto con el relativo, al paso que el consentimiento del género humano en la existencia de Dios ni puede provenir de una ilusión de los sentidos ni de otra causa accidental, sino de la evidencia de la verdad.

Nos abstenemos de proponer las objeciones que suelen traerse para debilitar la fuerza de los argumentos metafísico y físico, así porque la solución de algunas de ellas se deduce de la exposición de los mismos argumentos, como porque las otras ó se han resuelto ó deberán resolverse en otra parte.

ARTÍCULO III

Del ateísmo

24. Definición y división del ateísmo.—Ateísmo es la negación de Dios, y ateos son los que niegan ó ignoran la existencia de Dios; y se dividen en teóricos y prácticos: éstos son los que en su vida privada ó pública se gobiernan como si Dios no existiese. Los teóricos se subdividen en negativos y positivos: los primeros son los que ignoran la existencia de Dios, y los segundos, los que niegan formalmente á Dios.

25. Estado de la cuestión.—Se pregunta: ¿puede haber ateos? Pero como los hay de varias clases, la cuestión no es una sino múl-

tipla. Se pregunta pues: 1.º, si puede haber ateos prácticos; 2.º, si puede haber ateos negativos; 3.º, si puede haberlos positivos. Pero, como la ignorancia de Dios puede ser vencible é invencible, en la segunda cuestión no se trata de la ignorancia vencible sino de la invencible; ni tampoco se pone en tela de juicio si puede haber individuos que por algún tiempo desconozcan á Dios, porque es indudable que esto puede suceder por causas accidentales, sino si es posible que el hombre adulto, en el pleno uso de su razón, tenga ignorancia invencible é inculpable de Dios. En la tercera cuestión no se trata del ateísmo escéptico, sino de si es posible que haya quien profese el ateísmo por persuasión. Expuesta la cuestión, la resolveremos en las siguientes tesis.

26. TESIS 1.ª—Puede haber y de hecho hay ateos prácticos.

Prueba.—La historia y la experiencia enseñan que siempre ha habido y hay hombres que viven olvidados de sus deberes, entregados á brutales apetitos, cual si no existiera Dios; además, como la voluntad humana es libre, no repugna que haya hombres que vivan totalmente olvidados de Dios; luego historia, experiencia y razón están contestes en afirmar la posibilidad y existencia del ateísmo práctico.

27. TESIS 2.ª—Repugna la existencia de ateos negativos, al menos por mucho tiempo.

Prueba.—1.º Porque el hombre contempla constantemente el mundo, los seres que lo componen, su belleza y orden admirables, y se conoce y contempla á sí mismo; es así que al hombre le es natural elevarse de los fenómenos á sus causas; luego es moralmente imposible que no advierta que debe existir una inteligencia ordenadora. 2.º Además, el hombre siente en sí el deseo de felicidad sin límite, y al mismo tiempo experimenta que en el mundo no hay objeto que pueda satisfacerlo; luego es moralmente imposible que no conozca, al menos en confuso, que debe existir un ser que sea el objeto de su felicidad, al cual debe tender. 3.º Finalmente, la conciencia hace que el hombre distinga el bien del mal, y que las acciones malas le remuerdan y las buenas le causen placer; luego es imposible que no advierta que está sujeto á una ley y, de consiguiente, que hay un legislador supremo que gobierna el mundo moral lo mismo que el físico. Ahora bien, conocido Dios de este modo, el hombre tiene obligación de perfeccionar este conocimiento para poder cumplir los deberes que lo ligan con Él; luego es moralmente imposible que el hombre por mucho tiempo tenga ignorancia invencible é inculpable de Dios.

28. TESIS 3.^a — **Repugna que haya ateos positivos.**

Prueba 1.^a—Los ateos positivos, para demostrar que no existe Dios, debieran hacer dos cosas: 1.^a, destruir las pruebas de la existencia de Dios; 2.^a, demostrar su aserto con argumentos positivos; es así que repugna que hagan lo uno y lo otro; luego repugna que haya ateos teóricos.

Menor. — 1.^o Porque los caracteres de contingencia, mutabilidad y limitación del universo son tan evidentes; el orden físico y moral se presentan con tanto brillo, que es imposible eludir la consecuencia de que es necesario admitir un ser necesario, inmutable, causa primera y ordenador supremo. según hemos demostrado en el artículo anterior.

Menor. — 2.^o Porque hasta ahora los ateos se han contentado con oponer á las pruebas dadas algunos sofismas; es así que si tienen talento para sentir la fuerza de éstos, *a fortiori* deben tenerlo para comprender el valor de las soluciones y el de las pruebas de la existencia de Dios; luego repugna que demuestren que la causa primera no existe.

Menor. — 3.^o Porque hasta el presente no han dado una sola prueba de su aserto; pues sólo han sabido forjar hipótesis, tales como la de la serie infinita, la de la materia eterna, la de los átomos infinitos, la del acaso, la de la evolución de la materia, etc.; es así que por una parte estas hipótesis no las han demostrado, y por otra basta analizarlas para convencerse de lo absurdas que son, según hemos hecho ver con la de la serie infinita y más adelante haremos con las demás; luego repugna que existan ateos teóricos.

Prueba 2.^a—La prueba anterior la hallamos confirmada por la autoridad de sabios de todos los tiempos. Platón decía: «ninguno de cuantos en sus primeros años abrazaron la opinión de que no existe Dios, perseveró en ella en su vejez.» Séneca añade: «mienten los que dicen que no sienten que Dios existe, pues aunque de día te lo afirmen, de noche y solos dudan de su afirmación.» En este punto es unánime el sentir de los Padres de la Iglesia; valgan por todas las siguientes sentencias de Tertuliano: «nadie niega que Dios sea el Creador del universo, porque nadie ignora lo que la naturaleza espontáneamente le sugiere» (*De Spectaculis*, c. 2); y en el *Apologético* añade: «es lo sumo del delito no querer reconocer al que no puedes ignorar.» Añadamos á las citas anteriores la autoridad de algunos impíos: Santhibal, ateo famoso del siglo pasado, se quejaba de que no hubiese quien perseverase en su secta, sino que al acercarse la muerte todos se retractaban. Bayle, defensor del ateísmo, se veía forzado á decir todavía más que el anterior, como veremos luego.

29. Corolario.—De las tesis anteriores se deduce que *sólo es po-*

sible el ateísmo práctico y el escéptico, esto es, el de los que tienen alguna duda sobre la existencia de Dios; pues no siendo posible admitir ni la ignorancia de la existencia de Dios ni la persuasión contraria, sólo queda admitir el escepticismo mayor ó menor en esta materia.

30. Causas del ateísmo.—A tres pueden reducirse las causas del ateísmo así práctico como escéptico. 1.^a El hábito de no pensar en Dios y el de buscar razones en contra de las verdades relativas á Él, pues siendo tal la fuerza del hábito, en los que contraen el de no pensar ó impugnar las verdades sobre Dios, acaba por adormecer en ellos esta idea y aun por hacerles presumir que no la tienen. 2.^a La corrupción del corazón, que por un lado oscurece la inteligencia del hombre y por otro lo arrastra á desentenderse de Dios. 3.^a El castigo de Dios, quien, según el lenguaje de San Pablo, entrega á su réprobo sentido á los que por su impiedad y corrupción no quieren conocerlo.

La *Historia de la Filosofía* confirma lo que acabamos de decir, pues en toda ella no se registran otras escuelas ateas que la escéptica, que duda de todo, y la materialista y la sensualista, que divinizan la materia y los placeres materiales. La historia también confirma la verdad de nuestros asertos, pues nos dice que el ateísmo sólo se ha extendido en épocas de corrupción y escepticismo, cuales son, entre otras, la del imperio romano y las de los siglos pasado y presente.

Finalmente, apoyaremos nuestros juicios con la autoridad de hombres célebres. San Agustín dice: «nadie niega á Dios sino aquel á quien conviene que no le haya.» La Bruyère expone el mismo pensamiento en las siguientes palabras: «quisiera encontrar un hombre sobrio, moderado, casto, justo, que negase la existencia de Dios y la inmortalidad del alma: éste al menos hablaría sin interés, pero un tal hombre no se encuentra» (*Caracteres*, c. 17). Finalmente, valga por todos Bayle, quien describe admirablemente las causas del ateísmo é impiedad en el siguiente pasaje: «Es probable que cuantos en sociedad afectan impugnar las verdades más comunes de la Religión dicen más de lo que sienten. En sus disputas hay más vanidad que conciencia. Opinan que la vanidad y osadía de sus sentimientos les granjeará la fama de espíritus fuertes. Por eso son movidos á exponer las dificultades que suelen hacerse contra la Providencia y el Evangelio, contrariando su propia persuasión. De esta suerte van contrayendo insensiblemente el hábito de hablar impiamente, y si á la vanidad se añade la vida licenciosa, hacen rápidos progresos en este camino. Esta costumbre depravada, contraída parte por el orgullo, parte por la sensualidad, embota las impresiones de la educación, esto es, adormece el sentimiento de las verdades que habían aprendido sobre la Divinidad y las penas eternas. Pero no se

crea que esto sea en ellos la muerte de la fe, sino que es el fuego oculto debajo de la ceniza, cuya fuerza sentirán cuantas veces quieran consultarse á sí mismos, y sobre todo cuando se hallaren en algún peligro. Entonces son más medrosos que los demás hombres» (BAYLE, *Diccionario*, letra F, art. Des-Barreaux).

CAPÍTULO II

DE LA ESENCIA Y ATRIBUTOS DIVINOS

31. División del capítulo.—Demostrada la existencia de Dios, pide el orden natural que tratemos de la esencia y atributos divinos. En el artículo 1.º estudiaremos el constitutivo metafísico de la esencia de Dios, en el 2.º demostraremos su infinidad y simplicidad, en el 3.º la unidad y en el 4.º la inmutabilidad y eternidad.

ARTÍCULO I

Del constitutivo metafísico de la esencia divina

32. Estado de la cuestión.—I. Según se dijo en la Ontología (84), la esencia de un ser puede considerarse física y metafísicamente: al presente no tratamos de la esencia física de Dios, porque, siendo el ser simplicísimo, es evidente que la constituyen sus atributos, idénticos con su esencia, sino que tratamos de la esencia metafísica, é investigamos cuál es el primer atributo que conocemos de Dios, que nos lo hace distinguir de los demás seres, y sobre todo que es la raíz de todos los demás, pues en esto consiste la esencia metafísica. El objeto de esta cuestión es dar al tratado un carácter eminentemente científico.

II. Dejando á un lado las opiniones sobre esta materia, nos parece que este atributo es *la aseidad*, por la cual Dios es ser de sí y por sí, ó en otros términos, es el ser absoluto, que tiene en sí la razón de su ser.

33. TESIS.—La aseidad es el constitutivo de la esencia metafísica de Dios.

Prueba.—La aseidad es lo primero que conocemos de Dios; por ella le distinguimos de los demás seres, y es la raíz de los demás atributos; luego es su esencia metafísica.

Antecedente.—Según lo demostrado (20), ante todo á Dios le conocemos como ser necesario y causa primera, esto es, como ser de sí y por sí; al ser necesario y causa primera le conocemos como real y esencialmente distinto de los demás seres, que son contingentes y dependientes del ser absoluto; este es acto puro, porque si no lo fuera, sería relativo y condicionado; el acto puro tiene todas las perfecciones posibles y en sumo grado; luego la aseidad cumple con las condiciones de la esencia metafísica.

34. Corolario.—Dedúcese de lo dicho, que de Dios no puede darse definición más exacta que la que da Santo Tomás y con él los demás escolásticos: *Dios es el ser, ó el mismo ser subsistente, y Dios es el acto puro*. Digo la más exacta, porque, siendo Dios simplicísimo, no puede darse de Él una definición por género próximo y última diferencia. La razón de la primera definición es clara, porque Dios es el ser necesario, este ser es imparticipado y absoluto, la esencia del ser absoluto se expresa diciendo que es *el ser*, porque todo ser participado no es el ser sino este ser, no es el mismo ser (*ipsum esse*), sino que tiene una esencia determinada; luego la definición dada es verdadera. La segunda definición también es cierta, porque Dios es el ser absoluto, el cual es acto puro; porque, como discurre Santo Tomás, toda perfección es acto, luego el ser absoluto es acto absoluto, éste es acto sin potencia ó acto puro. Por eso Dios, hablando de sí mismo, dijo: «Yo soy el que soy y *el que es* me envié á vosotros» (*Exodo*, 3, 11 y 14).

OBJECIONES

35. Objeción 1.ª—La aseidad no es la esencia metafísica de Dios: porque ésta debe ser el atributo más excelente; es así que el atributo más excelente no es el ser, sino la inteligencia; luego la aseidad no es la esencia metafísica de Dios.

Respuesta.—Niego el aserto, y de la prueba concedo la mayor y distingo la menor: en el ser *participado* la perfección más excelente no es el ser sino la inteligencia, C.; en el ser *absoluto*, N. Porque el ser contingente y participado tiene la esencia determinada que ha recibido de su causa; por eso el mineral no tiene vida como la planta, ni ésta posee la sensibilidad como el bruto, ni éste es inteligente como el hombre; pero el ser imparticipado y absoluto, que, como se ha demostrado (33), no es simplemente un *ser*, sino *el ser*, en esta perfección contiene radicalmente todas las demás, pues todas ellas son otros tantos grados de ser.

Objeción 2.ª—La esencia de Dios no puede consistir en una pro-